

Y él la tomó del brazo y la estrechó paternalmente.

Desde entonces hablaron con prudencia y empezaron á andar con lentitud.

En primer lugar, claro es que ella no debía permanecer en Bonneville, y él se encargaría de encontrarla un acomodo: justamente tenía en Saint-Lô una parienta anciana y rica, que buscaba una señorita de compañía.

La joven estaría allí perfectamente, y tanto más, cuanto que aquella señora, no teniendo hijos, podría aficionarse á ella, quererla y adoptarla.

Todo quedó convenido, y él la ofreció una respuesta definitiva de su parienta antes de tres días, conviniendo en no hablar á nadie de este formal proyecto de partida.

Ella temía que las gentes viesan allí como una amenaza, y por lo tanto anhelaba que el casamiento se celebrase, y marchar en seguida, á la mañana siguiente, sin ruido alguno, como persona en lo sucesivo inútil en la casa.

A los tres días recibió una carta del doctor: se la esperaba en Saint-Lô desde el momento en que quedase libre.

Y el mismo día, aprovechando una ausencia de

Lázaro, ella misma condujo á Luisa á un ángulo retirado del huerto, sentándose en un viejo banco, bajo espeso toldo de tamarindos.

Enfrente, por encima de la tapia, sólo se veía el mar y el cielo: una inmensidad azul cortada en el lejano horizonte por línea casi imperceptible.

—Querida mía—dijo Paulina con su paternal acento;—vamos á hablar como hermanas, ¿quieres? Tú me amas algo.....

Luisa la interrumpió, abrazándola por el talle.

—¡Oh, sí!

—Pues bien; si me amas, haces mal en no decirme todo. ¿Por qué guardas tus secretos?

—¡Si yo no tengo secretos!

—Sí, sí... búscalos. Vamos, ábreme tu corazón.

Las dos se miraron tan cerca durante un momento, que sentían el tibio aliento; pero los ojos de la una se enturbiaban con la mirada límpida de la otra.

El silencio era penosísimo.

—¡Dímelo todo! Las cosas que se hablan están cerca de ser arregladas, y disimulándolas, ocultándolas, se pueden convertir en malas ¿No te parece así? Ya ves que no sería muy agradable inmodarnos otra vez.....

Entonces Luisa, súbitamente, sin dejarla acabar, estalló en sollozos; oprimíala el talle con manos convulsivas; dejó caer su cabeza sobre el hombro de Paulina, y balbuceó, por fin, entre lágrimas:

— ¡Oh! ¡mal hecho en recordar esas cosas! ¡No debíamos hablar de ellas, nunca, nunca! Despideme inmediatamente, antes que causarme tanta pena.....

En vano Paulina procuró tranquilizarla.

— No, no..... Yo comprendo bien. ¡Sospechas de mí todavía! ¿Por qué me hablas de un secreto? No tengo ninguno, te lo juro; todas mis acciones se dirigen á que tú nada tengas que echarme en cara. No tengo yo la culpa de que ocurra algo que te alarme; pero ten entendido que vigilo hasta mi manera de reir, aunque no lo aparente..... Y si no me crees, Paulina, marcharé, marcharé inmediatamente.....

Estaban solas en el ancho espacio; el huertecillo, devastado por el viento del Oeste, se extendía á sus pies como terreno inculto; el mar inmenso desarrollaba en lontananza su eterno infinito.

— ¡Pero escúchame! — exclamó Paulina. — No te dirijo ningún reproche, sino que, por el contrario, deseo tranquilizarte.

Y poniéndola ambas manos en los hombros, y

obligándola á levantar los ojos, la dijo dulcemente, cual madre que interroga á su hija:

— ¿Amas á Lázaro? ¡Y él también te ama! Lo sé.....

Una oleada de sangre azotó el rostro de Luisa, quien tembló con más violencia, y quiso apartarse de Paulina y huir.

— ¡Dios mío! ¡qué desgraciada soy si no me comprendes! ¿Quieres que tratase yo de ese asunto sólo por el placer de atormentarte?.... Os amáis, ¿no es cierto?..... Pues bien; ¡yo quiero que os caséis!

Luisa, aturdida, cesó de resistir, y el estupor de su alma la secó las lágrimas, la dejó inmóvil, con las manos caídas, inertes.

— ¡Cómo! ¿y tú?

— ¿Yo, querida mía?..... Pues yo me he preguntado seriamente hace ya algunas semanas, por la noche, en las horas en que se ve más claro....., y he reconocido que sólo sentía por Lázaro una buena amistad..... ¿No lo observas tú misma? Somos él y yo dos camaradas, dos muchachos que se estiman, y no hay en nosotros ni el menor sentimiento de enamorados.....

Y Paulina elegía las frases para que su mentira pareciese verosímil.

Pero su rival seguía mirándola fijamente, como si quisiese adivinar el sentido exacto de tales palabras.

—¿Por qué mientes?— murmuró Luisa.—¿Eres capaz de dejar de amar, después de haber amado?

Paulina se turbó, y dijo:

—¿Pero qué te importa eso? Vosotros os amáis, y lo natural es que él se case contigo..... ¿Yo? Pues yo, que he sido educada con él, quedaré siendo su hermana. Las ideas pasan cuando se ha esperado largo tiempo..... Y además, hay otras razones....

Mas ella comprendió al punto que se metía en laberinto inextricable, que se extraviaba, y repuso con la mayor franqueza:

—¡Oh, querida mía! ¡déjame hacer! Si yo le amo todavía bastante para desear que sea tu marido, es porque ahora considero eso como necesario á su felicidad. ¿Te desagrada? ¿No harías lo mismo por mí? Vamos, hablemos claramente. ¿Quieres entrar en el complot? ¿quieres que tú y yo nos entendamos para obligarle á ser dichoso? Y si él se incomodase, creyendo que me debía algo, sería necesario que me ayudases á persuadirle, porque eres tú la que ama, eres tú la mujer que necesita..... ¡Yo te lo ruego! Sé cómplice conmigo, y convengámoslo todo ahora que estamos solas.

Pero Luisa observaba que Paulina estaba trémula, desolada en medio de sus ruegos, y replicó rechazándolos:

—No, no, no acepto. ¡Sería abominable si lo hiciéramos así! Tú le amas, lo sé, y estás inventando ficciones para martirizar tu corazón más y más.... En vez de ayudarte, se lo diré todo cuando él vuelva.

Entonces Paulina la abrazó con fuerza, la impidió continuar oprimiéndola la cabeza contra su pecho.

—¡Cállate, mala niña!— dijo.—Es necesario que pensemos en él.

Y las dos callaron, permaneciendo así abrazadas.

Pero Luisa cedía, abandonándose á su amiga con languidez acariciadora, y un golpe de lágrimas subió á sus ojos, lágrimas dulces que salieron lentamente; sin hablar, estrechaba en sus brazos á Paulina, como si no encontrase en sí misma nada más discreto ni más íntimo para darla gracias; conocía que era superior á ella, y no se atrevía ni aun á levantar la mirada, por miedo de no hallar la de su amiga.

Mas al cabo de algunos segundos echó hacia atrás la cabeza con una sonriente confusión en el rostro, levantó los labios y dió á Paulina un beso mudo....

El mar á lo lejos, bajo el cielo sin mancha, sólo tenía una ola inmensa que rompiese el azul purí-

simo: había allí una sencillez, una pureza sin límites en la cual se perdían las palabras que ellas no se atrevían á pronunciar.

*
*
*

Cuando Lázaro regresó, Paulina subió á su cuarto para hablarle, aquel ancho cuarto tan amado en que los dos habían vivido felices horas.

Porque anhelaba completar su obra en el mismo día, y, sin transición alguna, habló resueltamente á su primo.

La cámara estaba llena todavía de los recuerdos de aquellas horas; las algas secas aparecían en el suelo; el modelo de las estacadas yacía sobre el piano; la mesa desaparecía bajo montones de libros y de papeles de música.

—Lázaro—dijole Paulina.—¿Quieres que hablemos un rato? porque tengo que decirte cosas muy serias.

Él, aparentando mucha sorpresa, colocóse delante de ella.

—¿Pues qué ocurre? ¿Acaso papá te ha amenazado?

—No, no, escucha; es menester que resolvamos este asunto, porque nada se adelanta con callar y

callar. ¿Te acuerdas de que mi tía formó el proyecto de casarnos? Acuérdate igualmente de que hemos hablado de eso muchas veces, y últimamente pocas semanas ha..... Pues bien: yo creo que procederíamos con cordura en esta ocasión renunciando á ese proyecto.

El joven se puso muy pálido: no la dejó concluir, y gritó con iracundia:

—¿Qué? ¿qué dices ahí? ¿Pues no eres ya mi mujer? Mañana, si quieres, iremos á casa del cura para terminar de una vez..... ¿Y es eso lo que llamas cosas serias?

Ella le respondió con su voz más serena.

—Es muy serio, puesto que te incomodas..... Te repito que es necesario hablar; cierto que somos antiguos camaradas, pero me temo que no hay en nosotros ni una hilacha de enamorados; ¿á qué obstinarnos en un proyecto que no ha de hacer la felicidad de uno ni la de otro?

Entonces Lázaro prorrumpió en palabras entrecortadas.

¿Era una querrela lo que buscaba Paulina? Pues no podía él estar á todas horas colgado del cuello de su prima.

Y si se hubo diferido el matrimonio, bien sabido

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

ella que no fué por culpa suya, y era injusto venir ahora á decirle que no la amaba. ¡La había amado tanto, y precisamente en aquel mismo cuarto, que jamás se atrevió á tocarla con sus manos, por el temor de no poderse contener y producirse indignamente!

Paulina, ante este recuerdo, sintió en sus mejillas un rubor ardiente; él tenía razón; ella se acordaba de los deseos contenidos, del aliento ardoroso en que la envolvía el joven; pero ¡cuán lejos estaban aquellas horas de estremecimientos deliciosos! ¡qué fría amistad de hermano la manifestaba ahora!

Así es que respondió con voz triste:

—¡Pobre amigo mío! Si efectivamente me amases, en lugar de defenderte, como lo haces, estarías ya en mis brazos, y llorarías, y me dirías otras cosas muy distintas para convencerme.....

Él palideció más, hizo un ademán de protesta, y se dejó caer sobre una silla.

—No, no—continuó Paulina—es claro que no me amas..... ¡Qué quieres! No estaremos destinados el uno para el otro..... Cuando nos reuníamos aquí, juntos, estabas obligado por las circunstancias á pensar en mí, y sólo en mí; pero más tarde, la idea se te ha pasado, porque no tenía nada para retenerte conmigo.

Una sacudida de exasperación le arrebató, y moviéndose en su silla, tartamudeaba:

—Pero vamos á ver, ¿á dónde vas á parar? ¿qué significa todo eso? Llego de paseo muy tranquilamente, subo á mi cuarto para ponerme las zapatillas y tú me caes encima de la espalda, y me cuentas historias extravagantes..... Que no te amo, que no hemos sido hechos el uno para el otro, que es menester desechar el proyecto de nuestro casamiento..... ¿Me quieres decir qué significa todo esto?

Paulina, que se había aproximado á él, le dijo lentamente:

—Esto significa que amas á otra, y yo te aconsejo que te cases con ella.

Lázaro se quedó al oirla como si estuviera mudo. Pero bien pronto empezó á burlarse. ¡Bueno! Las antiguas escenas reaparecerían, y otra vez los celos iban á echarlo todo á rodar. ¡Si ella no podía verle contento un solo día! ¡Si era necesario que ella hiciese el vacío alrededor de él!.....

Paulina le escuchaba con ademán de dolor, y repentinamente le puso en los hombros las manos temblorosas y dejó ver todo su corazón en este gemido involuntario:

—¡Oh, amigo mío! ¿puedes creer que yo anhele

hacerte daño? No comprendes entonces que sólo deseo tu dicha, que aceptaría todo por asegurarte un placer de una hora.... ¿No es eso? Tú amas á Luisa: pues te digo que te cases con ella. Compréndeme bien: yo no figuro aquí para nada; yo te la doy....

Y él la miró con extravío.

En aquella naturaleza nerviosa y sin equilibrio, los sentimientos saltaban, con la menor sacudida, de extremo á extremo.

Sus párpados latían con violencia, y estalló en sollozos.

—¡Cállate, cállate! ¡Soy un miserable! Sí, me desprecio por todo lo que acontece en esta casa hace muchos años.... ¡Yo soy tu acreedor, y no lo niego! Te hemos cogido tu dinero y yo lo he derrochado como un imbécil, y ahora mismo he caído tan bajo que me haces la limosna de una palabra empeñada, una palabra que me devuelves por compasión, como á hombre que no tiene valor ni honor.

—¡Lázaro, Lázaro!—murmuró ella asustada.

Y con un movimiento furioso, él se puso de pie y empezó á andar, y se golpeaba el pecho con los puños.

—¡Déjame! ¡Debiera matarme en seguida para hacerme justicial! ¿No eres tú la que yo debía amar?

¿No es abominable desear á la otra porque no me estaba destinada, porque es menos buena y menos bella que tú? ¡Cuando un hombre cae en estas honduras, es porque tiene fango en el alma!.... Ya ves que nada te oculto, que no quiero excusarme.... Ahora, escucha: antes que aceptar tu sacrificio, yo mismo pondré á Luisa en la calle, y me iré á América, y no volveré á veros nunca, nunca, ni á una ni á otra.

Paulina se esforzó en tranquilizarle y en hacerle razonar; ¿pero no había de aceptar las cosas una vez siquiera sin exageración? ¿no veía cómo ella le hablaba con prudencia, después de haber reflexionado mucho? Aquel casamiento sería excelente para todos, y si ella hablaba del asunto con voz tan sosegada, era porque, lejos de sufrir por él, ahora le deseaba....

Mas en su deseo de convencerle, tuvo la poca habilidad de hacer una alusión á la fortuna de Luisa y dar á entender que el padre de ésta, al día siguiente de su matrimonio, le daría una buena colocación.

—¡Eso es!—gritó con arrebató.—¡Véndeme ahora, de presente! ¡Dí también que no debo amarte porque te he arruinado! ¡Declara que me falta aún co-

meter la villanía de ir por eso á casarme con una muchacha rica!..... ¡Ah, no! Todo eso es demasiado grosero. ¡Jamás! ¿oyes? ¡jamás!

Paulina, cuyas fuerzas la abandonaban, cesó de suplicar, y reinó penoso silencio.

Lázaro había caído otra vez en la silla, con las piernas destrozadas por el cansancio, y Paulina andaba lentamente por el cuarto, parándose delante de cada mueble, de aquellos objetos que eran antiguos amigos suyos: la mesa en que tantas veces apoyó sus brazos, el armario donde estaban guardados aún los juguetes de su infancia.....

¡Sí él la amase bastante para rechazar á la otra!

Pero ella conocía al joven, que ocultaba el mayor abandono bajo la fogosidad primera de sus bellos sentimientos; y además, estaba ya cansada de esperar, y temía ceder á una astucia de su debilidad de mujer.

—Ya reflexionarás—concluyó, parándose delante de él.—No quiero atormentarte más, porque estoy seguro de que mañana serás más razonable.

*
* *

El día siguiente, no obstante, se pasó en una especie de tristeza que llenaba de sombras toda la

casa: Luisa tenía los ojos enrojecidos; Lázaro huía de ella, y estuvo largas horas encerrado en su cuarto.

Pero en los días sucesivos se dispó lentamente la tristeza, y volvieron á empezar las risas, los cuchi-cheos, los rozamientos furtivos y apasionados.

Paulina esperaba, sintiéndose animada de locas esperanzas á pesar de su fría razón: antes de aquella incertidumbre cruel parecía no haber conocido el sufrimiento, y una tarde, hacia la hora del crepúsculo, cuando bajaba á la cocina para tomar una bujía, encontró á Lázaro y Luisa que se abrazaban al pie de la escalera.

La joven huyó de allí riéndose, y él, alentado por la obscuridad que reinaba, atrajo hacia sí á Paulina, y la plantó en ambas mejillas dos fuertes besos de hermano.

—He reflexionado—murmuró—y comprendo que tú eres la mejor, la más prudente..... Pero te amo siempre, y te amo como amaba á mi madre.....

Ella tuvo fuerzas para responder:

—Pues asunto arreglado, y ya estoy satisfecha.

Mas temiendo perder el sentido, nó se atrevió á entrar en la cocina, porque adivinaba su palidez y sentía frío en el rostro; y sin luz subió á su cuarto, diciendo que se le había olvidado la palmatoria.

Y allí, en la obscuridad de la noche, creyó que iba á morir sofocada, no hallando lágrimas en su corazón.

¿Qué le había hecho ella, ¡Dios mío! para que aquel hombre desgarrase de tal modo sus heridas? ¿No podía haber aceptado desde el primer instante, cuando ella tenía valor para todo, en lugar de haberla hecho concebir una esperanza vana?

Ahora el sacrificio era doble: ella le perdía segunda vez, y con tanto más íntimo dolor, cuanto que se imaginaba haberle vuelto á su antiguo afecto.

¡Oh, Dios mío! ella tenía valor, pero era una crueldad inaudita hacerla sufrir tan ingrata carga.

Todo se arregló inmediatamente.

Verónica, semejante á una estúpida, sólo comprendía que las cosas marchaban al revés desde la muerte de la señora; pero el pobre Chanteau sufrió un trastorno completo cuando supo la noticia.

Él, que de ordinario no se ocupaba en nada, y que movía la cabeza con signos de aprobación á cada antojo de los demás, como retirado en el egoísmo de los minutos de calma que robaba á sus incesantes dolores, rompió á llorar cuando Paulina misma le comunicó la noticia.

Él la miraba, balbuceaba palabras extrañas y aun

confesiones involuntarias: no había sido por culpa suya; hubiera anhelado hacer el casamiento hace mucho tiempo, por el dinero y por el matrimonio; ella sabía perfectamente que él se encontraba casi siempre demasiado mal....

Y entonces Paulina le abrazó alegremente, jurándole que era ella, sólo ella, la que obligaba á Lázaro á casarse con Luisa, por razones de estricta conveniencia.

Al principio Chanteau no la creía, y cerraba los ojos con ademán de tristeza, repitiendo:

—¿Es verdad? ¿es verdad?

Y luego, como la veía reír, se consoló pronto y aun se manifestó jovial, porque aquel viejo asunto le oprimía el corazón, sin que él se atreviese á hablar.

Besó á Luisita en las mejillas, y por la noche, de sobremesa, cantó una antigua balada.

Pero al retirarse al lecho, acompañándole cariñosamente Paulina, manifestó grande inquietud.

—Tú quedarás con nosotros, ¿no es eso? — preguntó.

La joven titubeó un segundo, y en seguida contestó, ruborizándose de la mentira:

—Sin duda, tío.

*
* *

Empleóse más de un mes en el arreglo de las formalidades: el Sr. Thibaudier, padre de Luisa, había accedido con agrado á la petición de Lázaro, que era ahijado suyo, y no hubo entre los dos un punto de discusión en nada, sino cuando el joven rehusó en absoluto marchar á París para dirigir una compañía de seguros de la cual el banquero poseía gran número de acciones.

Porque Lázaro quería pasar un año ó dos en Bonneville, donde pensaba escribir una obra literaria, magistral, antes de presentarse en París; y entonces el Sr. Thibaudier se contentó con alzarse de hombros, y tratarle amistosamente de gran idiota.....

El casamiento debía efectuarse en Caen, y durante los quince días últimos hubo entre los dos pueblos idas y venidas casi diarias, una fiebre extraordinaria de viajes. Paulina se aturdía, acompañaba á Luisa, y regresaba aniquilada.

Como Chanteau no podía moverse de Bonneville, ella tuvo que prometer asistir á la ceremonia para representar á la familia de su primo, y la proximidad del día la aterraba.

La víspera se arregló perfectamente para no hacer noche en Caen, porque sospechaba que así padecería más levemente, regresando á Bonneville para dor-

mir en su lecho, arrullada por el rumor del mar: expuso, por consiguiente, que la salud de su tío la inspiraba serios temores, y ella quería no estar lejos de él por largo espacio de tiempo.

Inútilmente el mismo Chanteau la instaba á pasar algunos días en Caen. Pues qué, ¿estaba entonces enfermo? Al contrario; muy excitado por la idea de la boda y del banquete, al cual no podía concurrir, meditaba ya con socarronería exigir á Verónica un plato prohibido, una perdiz trufada, por ejemplo, que cuantas veces la comía otras tantas le acarrea una violenta crisis.

Mas á pesar de todo, ella declaró que regresaría por la noche, contando así con más libertad para hacer su maleta en la mañana siguiente y desaparecer.

Una lluvia finísima caía, y acababan de dar las doce de la noche, cuando la vieja berlina del tío Malivoire condujo á Paulina á Bonneville el día del casamiento.

Vestida con traje de seda blanca, y mal abrigada con su ligero chal, estaba trémula, muy pálida y con las manos abrasando.

En la cocina encontró á Verónica, que la esperaba, dormida sobre un ángulo de la mesa, y no

pudo obtener de ella sino palabras confusas: que el señor no había sido prudente, que entonces dormía y que nadie vino á la casa.

Paulina tomó una bujía y subió á su cuarto, helada en aquella casa vacía, desesperada hasta morir por el silencio y las tinieblas que la agobiaban los hombros.

Y cuando iba presurosa á refugiarse en su dormitorio, un movimiento irresistible, del que ella misma se extrañaba, la hizo abrir la puerta del cuarto de Lázaro, y levantó la luz para mirar hacia dentro, como si la cámara le pareciese llena de humo.

Nada había cambiado, cada mueble estaba en su sitio, y sin embargo sintió vagamente como una sensación de desastre, de aniquilamiento; un miedo íntimo, profundo, como en la cámara de un muerto.

Con pasos lentos, acercóse á la mesa, miró el tintero, la pluma, una página comenzada que estaba fresca todavía..... Y en seguida salió.

Todo había concluído; ¡la puerta se cerraba sobre la soledad de aquel cuarto!

En el suyo volvió á sentir Paulina la misma sensación de lo desconocido: ¿era aquél su cuarto, con las rosas azules del papel de las paredes, con un an-

gosto lecho de hierro, bajo cortinaje de blanca muselina?

¡Y vivía allí hacía tantos años!

Sin dejar la bujía, ella, siempre tan valerosa, separó las cortinas, miró debajo del lecho y detrás de los muebles, escudriñó toda la pieza: era como si un estupor inmenso la obligase á quedar de pie delante de las cosas y los sucesos.

Jamás hubiera creído que tal angustia pudiese caer desde aquel techo, y deploraba entonces no haberse quedado en Caen, sintiendo aquella casa más terrible todavía, poblada de recuerdos y desierta, en la frialdad de las tinieblas y en noche de recia lluvia.

La idea de acostarse le pareció insufrible; sentóse aun sin haberse quitado el sombrero, quedó inmóvil algunos minutos, miraba con ojos muy abiertos la luz de la bujía que la cegaba.

Pero súbitamente se estremeció asombrada: ¿qué hacía en aquel sitio, con la cabeza henchida de un tropel tumultuoso de ideas cuyo zumbido ensordecedor la impedía pensar? Era ya la una; mejor estaría en la cama: empezó á desnudarse con manos ardorosas y torpes.

Una necesidad de orden persistía en aquella di-